

AYER, EN LA FACULTAD DE MEDICINA

Los estudiantes mantienen durante cuatro horas un sangriento combate con las fuerzas de Seguridad y de la Guardia civil

En la prolongada refriega muere un guardia civil y resultan más de treinta heridos de ambas partes

Cómo se desarrollaron los sucesos**La iniciación**

Aunque habían declarado la huelga de veinticuatro horas, como protesta por los sucesos de ayer, los estudiantes acudieron ayer temprano a la Facultad de

El doctor Recaséns, luego de hablar con el ministro de la Gobernación, dijo a los estudiantes que había sido conminado energicamente.

—Me ha dicho—añadió—que si dentro de cinco minutos no queda restablecido el orden, penetrará en el interior de la Facultad la Guardia civil.

se apuntaba con la pistola avanzando hacia él y, sujetándole el brazo, le obligó a hacer dos disparos al aire. Ambos lucharon a brazo partido, y, por fin, el guardia dominó al muchacho, que no llevaba armas, y le hizo un disparo.

Cayó al suelo herido. La confusión es indescriptible. El público que en las bocacalles presencia la lucha prorrumpe en exclamaciones de indignación.

Por fin los grupos se refugian en la Facultad de Medicina. Momentos después salen varios muchachos, y al lado de la bandera roja, que ondea en la puerta, colocan otra negra en señal de duelo por lo ocurrido.

A la azotea

A partir de este momento los estudiantes suben a la azotea de la Facultad y desde allí inician una pedrea contra la fuerza pública. La mayoría de ellos visten trajes azules. La pedrea y los vivos y mueras duran toda la mañana.

Desde la azotea muchos de sus ocupantes lanzan piedras con hondas.

De vez en cuando se oyen disparos que hacen los guardias contra los estudiantes.

Interviene la Guardia civil

La Dirección de Seguridad mandó en socorro de los guardias agredidos a fuerzas de la Guardia civil al mando de un comandante, que tomaron la puerta de Atocha, cerrando la calle de este nombre por aquel sitio y las bocacalles de Alameda, Fúcar, Doctor Mata y Drumen. Por la parte de arriba tomaron la calle de Atocha a la altura de la de San Eugenio, cerrando las calles del Marqués de Toca y Santa Inés. También rodearon la Facultad por la calle de Santa Isabel y por la parte del Doctor Mata que da al Hospital Clínico.

La Guardia civil fué recibida por los estudiantes con gritos y silbidos.

El jefe de la Guardia civil destacó a una fila de tiradores a todo lo largo de la acera de enfrente a la Facultad, con orden de disparar si eran agredidos.

Contra ellos, desde la azotea, cayó un verdadero diluvio de tejas, ladrillos y piedras. Los tiradores de la Guardia civil respondieron disparando los mausers contra el lugar de donde había partido la agresión.

El combate en todo su apogeo

Al ver el jefe de la fuerza que

se pedía parlamento por medio de una bandera blanca que fué izada en la azotea de San Carlos, dió orden de que cesara el fuego, y se destacó, con otros jefes de Seguridad, hacia la puerta de la Facultad para ponerse al habla con los rebeldes. Los estudiantes, desde detrás de la puerta, parlamentaron con la autoridad. Esta les intimó a que se rindieran y salieran a la calle abandonando su actitud. Debieron negarse los estudiantes, por cuanto los jefes de la fuerza pública se retiraron, dando a los guardias severas órdenes.

Los grupos de estudiantes y obreros parapetados en las ventanas y en la azotea de la Facultad empezaron a arrojar piedras contra la Guardia civil. Esta rompió el fuego de mauser contra los agresores.

Los sitiados respondieron entonces a tiros de pistola, empuñándose unos y otros en un tiroteo nutridísimo.

La Guardia civil se había situado en las bocacalles de Alameda y Fúcar. Desde las azoteas de la calle de Atocha correspondientes a los edificios que hay enfrente a la Facultad de Medicina y a San Carlos, y a las cuales habían subido también los guardias civiles, el fuego era intenso.

Los estudiantes, que al asomarse a las azoteas vecinas las fuerzas de la Guardia civil no habían podido refugiarse, quedaron aislados y sin armas durante más de una hora. Los muchachos, para no oírse blanco, se refugiaban tras de la cornisa de la azotea y permanecían tendidos en el suelo.

Cuando caía algún herido, le sacaban apresuradamente de la azotea para que se le prestara asistencia facultativa.

Bien pronto se vio que de una parte y de otra caían heridos. Un guardia civil recibió un balazo en el vientre, cayendo al suelo y siendo trasladado por sus compañeros a la Casa de socorro del distrito del Congreso. Cuando ingresó en el benéfico establecimiento, y antes de que pudiera ser asistido, falleció.

Otro guardia cayó también herido al recibir un ladrillo en la cabeza.

Un capitán de Seguridad recibió también una pedrada y tuvo que ser retirado a la Casa de socorro.

Mientras tanto, en la Facultad caían heridos por las balas de la

Guardia civil bastantes estudiantes. En séguida empezó a circular el rumor de que había numerosos heridos y quizá algún muerto.

A la una de la tarde la batalla se había generalizado de tal manera, que desde varios lugares de la población se oía el nutrido tiroteo de los mausers de la Guardia civil.

Esta, por los cuatro costados del edificio, atacaba a tiros a los rebeldes de la Facultad, que no se rendían y que de vez en cuando hacían salidas a las ventanas por diversos sitios y descargaban sus pistolas contra los guardias.

Alarma en el Hospital Clínico

Como toda el ala derecha de la Facultad está habilitada para Hospital Clínico, éste fué blanco de las balas de la Guardia civil durante mucho tiempo. Excusamos decir la alarma entre los enfermos, algunos de los cuales se arrojaron de las camas aterrados y pidiendo socorro.

Ocurrieron escenas desgarradoras, siendo preciso, para calmar a muchos enfermos, que los internos de guardia, los médicos de las clínicas, que en aquellos momentos pasaban la consulta, y las hermanas de la Caridad hicieran verdaderos esfuerzos para retenerlos en sus lechos.

Varias balas de la Guardia civil penetraron por las ventanas de la sala de niños, infundiendo el terror entre los chiquitines enfermos. Fué preciso cerrar las maderas para aminorar el peligro.

Entretanto, a las salas del doctor Olivares, del doctor Peña, del doctor Negrín y otros iban llegando heridos por las balas que habían caído en la azotea de la Facultad.

En el quirófano del doctor Olivares.—Los primeros heridos

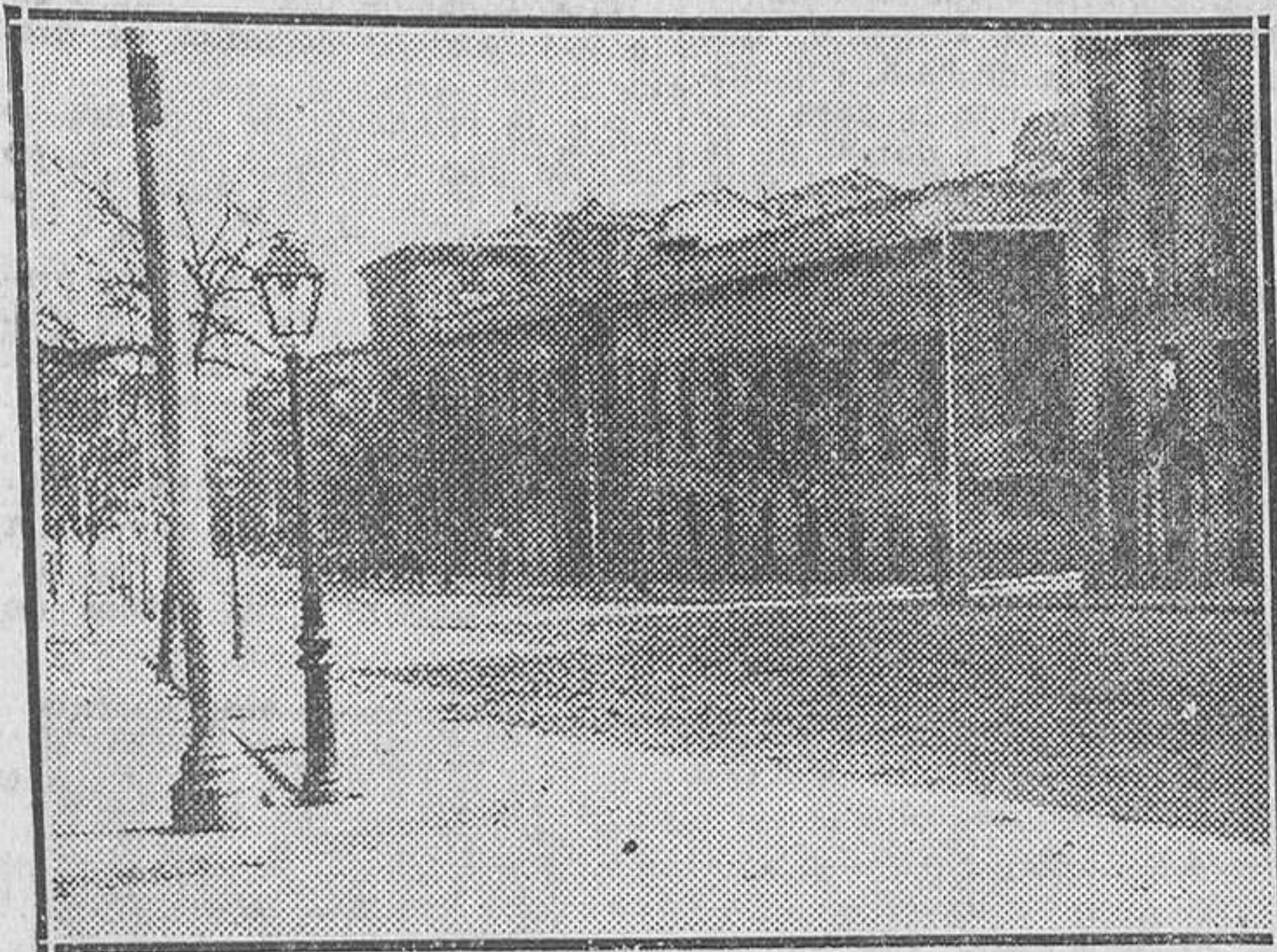
El primer estudiante herido fué llevado a la sala del doctor Olivares, donde éste, asistido por el ayudante Sr. Sarasola, procedió a practicarle un reconocimiento. El herido, que se llama Ramón Samper, de veintiséis años, presentaba dos heridas de arma de fuego, una de ellas en la fosa iliaca, con perforación del ligado, de extrema gravedad.

El doctor Olivares, para poder salvarle, ordenó que inmediatamente fuera llevado al quirófano de su sala para practicarle una operación quirúrgica. Se le empezó a operar, y cuando se hallaba en la mitad de la operación, por las cristalerías del quirófano pene-

traron diez o doce proyectiles, produciendo el natural temor en los que allí se hallaban. Las balas rompieron las cristalerías y perforaron las paredes, afortunadamente a bastante altura, pues de no haber sido así hubieran alcanzado al doctor Olivares, a su ayudante y al propio enfermo.

El operador y el ayudante se

nel Montes fuera llevado al quirófano para proceder a la extracción del proyectil, que había quedado incrustado en la axila. No bien había sido puesto el herido en la cama de operaciones, y lo mismo que había ocurrido en el quirófano del doctor Olivares, una descarga de los guardias hizo añicos los cristales de la ventana, pe-



Edificio de la Facultad de Medicina, lugar de los sangrientos sucesos, en el que izaron los estudiantes la bandera republicana

San Carlos para cambiar impresiones con sus compañeros. Gran número de guardias rodeaba el edificio. Esto les molestó, y se lanzaron algunos gritos de protesta.

Posteriormente los estudiantes, reunidos en gran número, salieron a la puerta principal de la Facultad, y un capitán de la Guardia de Seguridad les preguntó qué es lo que intentaban. Ellos le contestaron que una manifestación pacífica pro amnistía. El capitán les rogó esperaran hasta que preguntara a sus jefes el podía consentir. Así lo hicieron los estudiantes, y al regresar el oficial con una respuesta negativa hubo discusión acalorada y recibió una pedrada que le derribó. Los guardias a sus órdenes despejaron, y los muchachos se refugiaron en el edificio, desde donde arrojaron cascotes y tejas. Se enarboló bandera roja.

Se generaliza la lucha.—Los guardias huyen

Varios agentes de Policía, y guardias de Orden público trataron de disolver los grupos, los cuales hicieron resistencia a la fuerza pública, empezando por apedrearla.

De momento los agentes y los guardias se defendieron de los estudiantes y de los obreros luchando con ellos a brazo partido; pero como estaban en inferioridad de número fueron arrollados, quedando los rebeldes dueños de la calle de Atocha, en donde la circulación quedó cortada.

La fuerza pública intentó dar una carga sable en mano y con las porras; pero los estudiantes resistieron y lograron rechazarlos, poniéndolos en fuga por las calles de la Alameda, Fúcar y otras adyacentes de la de Atocha.

Como antes decimos, el capitán que mandaba la fuerza, D. Isacio Ocaña, cayó herido de una pedrada en la cabeza.

Los guardias, al ver herido a su jefe, hicieron uso de las armas de fuego y dispararon contra los estudiantes. Estos, que sin duda iban preparados para esta contingencia, sacaron también las pistolas y empezaron a hacer fuego. Los guardias tuvieron que huir para pedir refuerzos a la Dirección de Seguridad. Fueron perseguidos por los estudiantes, que les arrojaban piedras incesantemente.

El comisario del distrito, Sr. Meléndez, fué perseguido, con varios agentes a sus órdenes, hasta la cercana posada de San Blas, donde hubieron de buscar refugio cerrando las puertas.

Dentro de la Facultad

En el momento de iniciarse el fuego contra los estudiantes se hallaban en el interior de la Facultad de Medicina los Sres. Negrín, Olivares, Bastos, Pittaluga, Jiménez Díaz, Covisa, Salamanca, Tello, Novea Santos, Varela y el vizconde de Casa Aguilar.

El presidente de la F. U. E. dijo al decano que debía reunirse el Claustro e ir con la Directiva y con los decanos de las distintas Facultades a pedir la destitución del general Mola.

El doctor Recaséns accedió a ello y añadió que lo hacía, aunque desde ayer era decano dimisionario y había perdido la confianza en los estudiantes, a pesar de lo cual quería demostrarles que estaba con ellos.

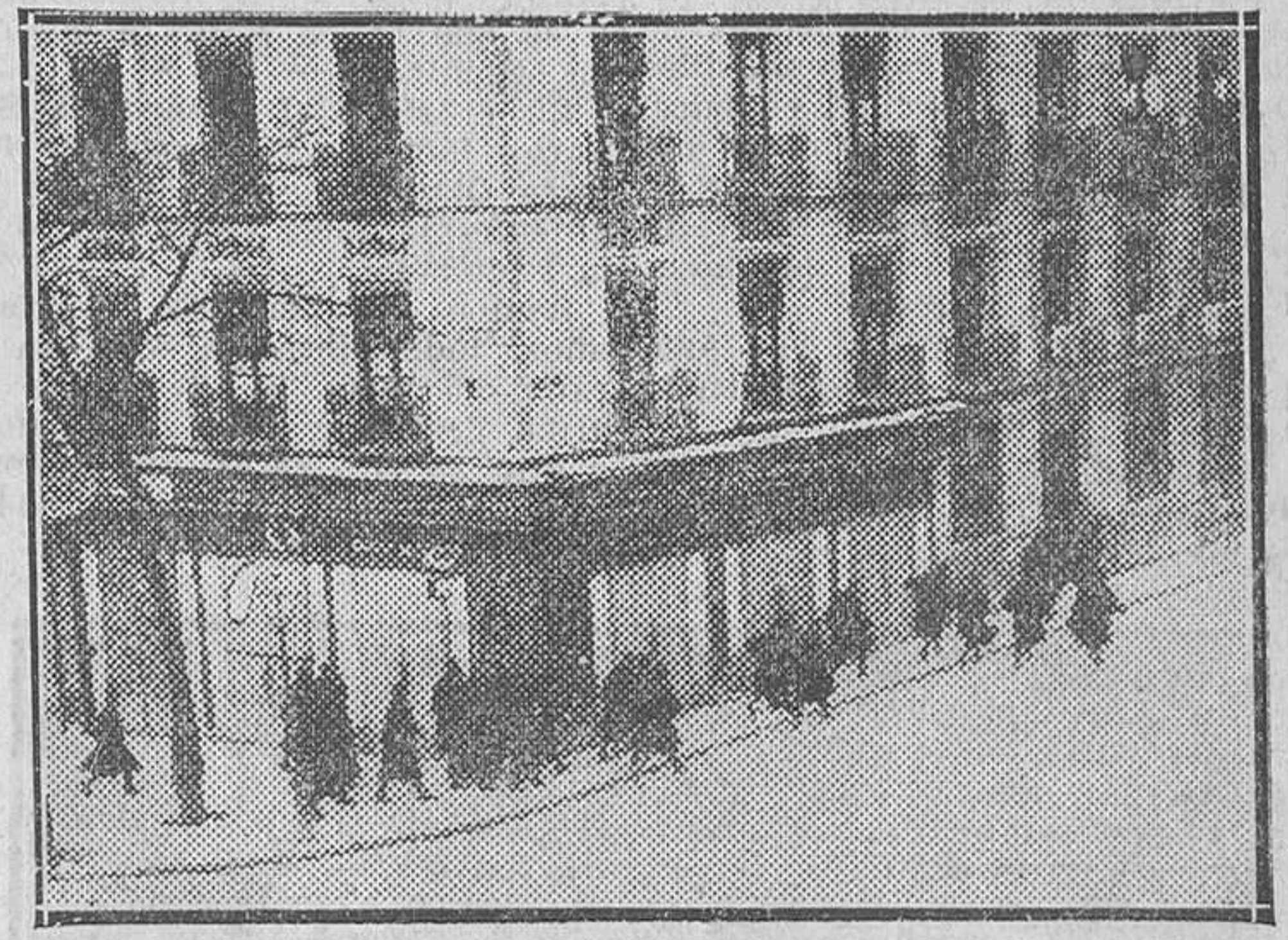
La primera salida de los combatientes

A las diez y media de la mañana salió del edificio de la Facultad un compacto grupo de estudiantes dando vivas y mueras, que fueron contestados por el público en medio de gran entusiasmo. A los escolares se unieron numerosas personas que simpatizaban con ellos. Los guardias de Seguridad salieron a cortarles el paso con las porras y dan una carga muy dura. Algunos de los del grupo se refugian en la Facultad; pero la mayoría hizo frente a los guardias y contestó a la agresión de que eran objeto con piedras.

Se dió un toque de atención que produjo una gran confusión.

Durante algún tiempo los guardias hicieron disparos con sus pistolas. Algunos de los del grupo de paisanos, que también llevaban armas, muy pocos, tirotearon a su vez a la fuerza pública.

Un muchacho que llevaba el rostro tapado con un pañuelo, al ver que un guardia de Seguridad



Los guardias de Seguridad de infantería iniciando una carga en la calle de Atocha

arrojaron al suelo, bajando también de la cama al herido. Lo hicieron tan oportunamente, que de haber tardado un instante más hubieran sido alcanzados por las balas de una nueva descarga que fué hecha por la Guardia civil contra el quirófano.

Sin duda, la Guardia civil, sin saber el lugar contra el que disparaban, hizo fuego al ver las sombras de los médicos por el ventanal.

Quedaron hechos añicos todos los cristales del quirófano, muchos objetos del instrumental y las paredes perforadas por los proyectiles, cuyas trayectorias venían de distintas direcciones.

No pudo ser curado otro estudiante que había sido llevado desde la Casa de socorro a aquella Clínica con un balazo en el pecho a la altura de la axila derecha. Este se llamaba Manuel Montes, de dieciséis años, y fué llevado a la sala del doctor Peña, donde el doctor jefe de la Clínica lo reconoció.

En la sala del doctor Peña

El doctor Peña ordenó que Ma-

netrando muchos proyectiles en el recinto. Tuvieron que arrojarse al suelo enfermos y operadores para no ser alcanzados por las balas.

Ante el peligro hubo que renunciar a operar al herido, que fué acostado en uno de los lechos de la sala del doctor Olivares.

Lo mismo que en los dos quirófanos anteriores ocurrió en el de la sala del doctor Negrín, que operaba a un obrero y a un estudiante heridos que habían sido allí llevados.

Los cristales y los objetos del quirófano, así como las paredes, quedaron acribillados a balazos.

El doctor Bastos, en peligro

Como el tiroteo continuaba con gran intensidad y las balas de los fusiles de los guardias civiles que disparaban desde la calle rompían cristales y, pasando por las maderas de las ventanas, penetraban en la sala del Hospital Clínico, la angustia entre los enfermos crecía por momentos.

Como no había forma de que nadie pudiera salir a la calle, pues ofrecía el peligro de que los que se aventuraran a ello pudieran ser alcanzados, bien por las balas de los civiles como por las de los estudiantes que disparaban desde la azotea y desde las ventanas, no se podía dar aviso a las autoridades para que ordenaran que cesara el fuego contra las ventanas del hospital.

El doctor Bastos, acompañado de varios periodistas, desde el último piso, y en el ascensor, descendió a la portería que da a la calle del Doctor Mata para ponerse al habla con las autoridades y exponerles lo que ocurría.

El ascensor baja a través de unas grandes ventanas que dan a la calle del Doctor Mata. Como los guardias disparaban contra todos los bultos que aparecían tras de las cristalerías, al ver descender el ascensor hicieron una descarga contra el aparato, que, por fortuna, no hizo blanco.

El doctor Bastos, con sus acompañantes, pararon rápidamente el ascensor y salieron de él, descendiendo por las escaleras pegados a las paredes y arrastrándose casi por el suelo.

Cargas contra los curiosos

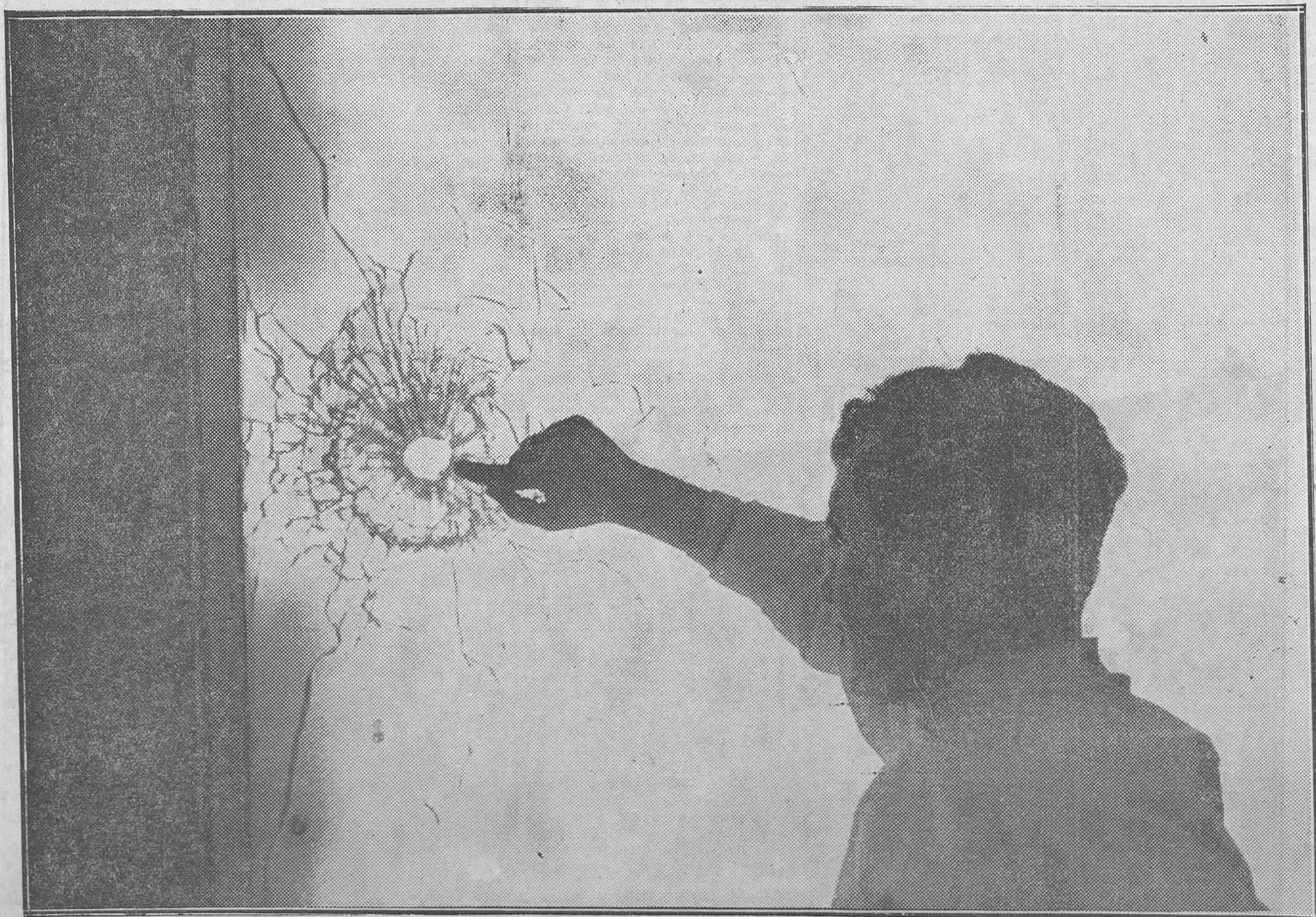
Mientras se desarrollaba la lucha entre la fuerza pública y los sitiados de San Carlos, en el exterior los guardias de Seguridad de Infantería y Caballería dieran varias cargas sobre los grupos de curiosos que contemplaban el tiroteo.

Disminuye el fuego

Ya cerca de las dos de la tarde empezó a amainar el tiroteo porque los estudiantes y obreros que se habían hecho fuertes dentro del recinto de la Facultad, cansados, sin duda, empezaron a retirarse. Muchos de ellos lograron ganar la calle por la de Santa Isabel y por la puerta del Depósito judicial. Otros lo hicieron por la puerta del Hospital Clínico, donde se había congregado una gran multitud por ser la hora en que empezaban las visitas a los enfermos allí hospitalizados.

Con la salida de los combatientes termina la batalla

A las dos de la tarde, el doctor Recaséns, decano de la Facultad de Medicina, se puso al habla con



Un ayudante de Cirugía nos muestra los destrozos causados en el quirófano de San Carlos por los disparos de la fuerza pública mientras se efectuaba a los heridos en la contienda las curas de urgencia

(Fotografías Alfonso)

La Dirección general de Seguridad por teléfono y pidió que se retirasen del lugar de la lucha las fuerzas, para evitar continuarse el espectáculo doloroso del derramamiento de sangre que se estaba produciendo. Ofreció por su parte que si así se hacía, los estudiantes abandonarían la Facultad.

Aceptó la propuesta la Dirección general de Seguridad, y minutos después el grupo de estudiantes que estaba en el Colegio de San Carlos salió, llevando al decano, doctor Recaséns, y a algunos catedráticos a su frente.

Con ello terminó el combate de ayer, en el que se hicieron alrededor de 2.000 disparos.

Poco tiempo después de abandonar los estudiantes la Facultad, nuevos destacamentos de guardias de Seguridad de a pie y a caballo irrumpieron en la calle de Santa Isabel y plaza del Doctor Mata. Los oficiales y los guardias llevaban las pistolas en la mano y disparaban al aire.

Fuerzas de la Guardia civil rodearon el edificio por las calles de Santa Isabel, Doctor Mata y Atocha y apartaron al público que estaba estacionado en las bocacalles y en la Puerta de Atocha.

Las jornadas de la jornada

La fuerza pública

En la Casa de socorro del distrito del Congreso, establecida en la calle de Fúcar, fueron asistidos buen número de heridos. De ellos, los pertenecientes a la fuerza pública son los siguientes:

Capitán de Seguridad D. Isacio Cañas, de cincuenta y dos años. Pedrada en la cabeza.

Guardia de Seguridad 579, Agapito Carrero Ollas. Pedrada en la región malvar derecha.

Sargento de la Guardia civil Juan Cabezo Pulido. Herida de bala en la mano derecha.



Trompeta de la Guardia civil dando los toques de atención para una carga

Guardia civil del 26 tercio Hermógenes Domínguez García. Herida de bala en el hipocondrio izquierdo. Ingresó en tan gravísimo estado, que falleció momentos después de hacerle los médicos una cura de urgencia.

Guardia de Seguridad 2.066, Manuel Aparicio. Pedrada en la región escapular.

Guardia de Seguridad Juan García Nieto. Pedrada en la cara.

El guardia civil muerto

El guardia civil Hermógenes Domínguez García tenía veintiséis años, era natural de Soria y acababa de ingresar en el Cuerpo.

Cuando llegó a la Casa de socorro, conducido por varios compañeros, apenas daba señales de vida. Los médicos suspendieron la cura que estaban haciendo al sargento Juan Cabezo y atendieron urgentemente al guardia. Sus esfuerzos resultaron infructuosos, y Hermógenes Domínguez falleció momentos después.

Aun no están bien determinadas las circunstancias que concurrieron en la muerte del guardia. La referencia que parece más exacta es la siguiente:

Cuando estaba situada la Policía y dos parejas de Seguridad en la posada de San Blas, estando la puerta cerrada, se presentaron haciendo disparos desde las dos bocanillas adyacentes dos grupos de revoltosos. Del interior de la posada también salían disparos. Entonces llegaron fuerzas de la Guardia civil para despejar el frente de la posada, y fue cuando cayó muerto el guardia Hermógenes Domínguez.

Estudiantes y obreros

También en la Casa de socorro del Congreso y en la del Hospital se prestó asistencia a los siguientes heridos:

Juan Pardo López, de veintitrés años, soltero, natural de La Coruña, domiciliado en Lope de Vega, número 23, primero. Presentaba una herida de arma de fuego en la región escapular izquierda, sin orificio de salida, y se le practicó una cura de urgencia. La gravedad de su estado hizo necesario su traslado inmediato al Equipo Quirúrgico.

Otro herido de arma de fuego lo era Ramón Manzano López, de veintidós años, soltero, natural de Madrid, domiciliado en la calle de Altamira, 32 (Puente de Vallicas). La herida la tenía en el labio superior, y se le trasladó al Hospital Provincial.

También fué asistido de una herida muy grave y más tarde conducido al Equipo Quirúrgico el cabo del regimiento de Radiotelegrafía Antonio Peña Llopis, identificado por su «carnet» militar número 6.344. Presentaba una he-

rida de arma de fuego en la región precordial, sexto espacio intercostal, sin orificio de salida.

Paulino Núñez Moncalvillo, de diecinueve años, dependiente. Vive en Atocha, 147. Herida contusa, con desprendimiento del cuero cabelludo, de cinco centímetros, en la región parietal izquierda, y erosiones en la frente y en la mejilla.

Fernando de la Riva González, de dieciocho años. Vive en el paseo de Robles (Puente de Vallicas). Herida contusa, que interesa el cuero cabelludo, de cinco centímetros de extensión, en la región occipital, y contusiones con equimosis en el hombro derecho. Herido de un sablazo.

Angel Lebrusante García, de cuarenta y tres años, soltero, natural de Ciudad Real, con domicilio en la calle de Eloy Gonzalo, 17. Fué asistido de una herida en la región parietal, de pronóstico reservado, producida por una porra. Es panadero.

En el Hospital Provincial fueron asistidos José Fernández Pontaniella, jornalero, de treinta y tres años, domiciliado en San Bernardo, 7, bajo; se le apreció una herida de bala en un brazo, y Francisco González, mecánico, que sufría una herida en una mano. Quedó en la sala número 4.

Fueron asistidos once personas más, cuyos nombres no se tienen porque presentaban heridas leves y se marcharon a sus domicilios en seguida.

En el Hospital Clínico de San Carlos fueron curados por los doctores Olivares y Cardenal los siguientes heridos, todos dentro de la Facultad:

Ramón Semper, de veintiséis años, industrial, que vive en la calle del León, 25, de herida de arma de fuego en la fosa ilíaca y otra en el vientre, con perforación del hígado; gravísimo. Quedó en la cama 19.



Fuerzas de la Guardia civil apostadas en las calles inmediatas al edificio de la Facultad de Medicina

bala en la pierna derecha, de pronóstico grave.

Isidoro García Ortega, de quince años, estudiante, fué asistido de bajazos en la cabeza y en el vientre. Su estado es gravísimo. Quedó en la cama número 13 de la sala del doctor Peña.

Victoriano Segura Barragán, de diecinueve años, albañil, Almendrales, 52. Herido por bala en la pierna derecha, grave. Quedó en la cama número 10 de la misma sala.

También resultaron heridos el capitán de Seguridad D. Isacio de Cañas Arias, de cincuenta y dos años, que vive en Gantambide, 9, de una pedrada en la cabeza.

El guardia de Seguridad de caballería número 1.994 Juan García Nieto, de cincuenta y dos años, que vive en General Ricardos, 66, herido también en la cabeza.

En la calle del Príncipe fué herido de una pedrada en una mano el guardia 277 Manuel Conde Angulano.

En la plaza del Matute sufrió una contusión en la pierna izquierda el agente de Vigilancia Manuel Jiménez, de treinta años, que vive en San Hermenegildo, 3.

Otro agente de Vigilancia, llamado Antonio Valle Gómez, de treinta y siete, con domicilio en la avenida de Alfonso XIII, resultó herido en la cara en la calle de Atocha.

Un tercer agente, que se llama Mariano Herrera, fué contusionado en una mano en la plaza de Celenque.

El guardia Agapito Carrero Ollas, de treinta y dos años, sufrió una pedrada en la cara, y por último el guardia Juan Manuel Aparicio Mora, de veintinueve años, que vive en José de Río, 10, recibió una contusión en la región escapular.

Un herido en la estación de Atocha

Cuando salía del trabajo el obrero de la Compañía de M. Z. A. Ra-

bañil, de diecinueve años, también con herida en sedal, con orificio de entrada y salida. Su estado es relativamente satisfactorio.

El Juzgado actúa

Los primeros trabajos

Ayer por la mañana el juez municipal, en funciones de juez de instrucción, Sr. Ortiz Casado, con el oficial Sr. Varela, empezó a instruir las primeras diligencias con motivo de los sucesos ocurridos en la Facultad de San Carlos.

Al recibir aviso de que en la Casa de socorro había ingresado un guardia civil gravemente herido, se trasladó allí con objeto de tomarle declaración, encontrándose con que el guardia era ya cadáver. El juez dió entonces conocimiento al Juzgado militar, inhibiéndose en favor de esta autoridad.

No obstante, el juez Sr. Ortiz Casado recibió aviso de seguir la instrucción de diligencias hasta que la autoridad militar se hiciera cargo de lo actuado.

A las cuatro de la tarde se presentó en el Juzgado el juez militar, capitán de Infantería D. Pedro Moreno, acompañado de un suboficial como secretario, con el fin de hacerse cargo de las primeras diligencias instruidas por el Juzgado civil.

El juez se llevó el uniforme, el fusil y correa de guardia civil muerto.

El sargento de la Guardia civil herido presta declaración

Una vez el Juzgado en la Casa de socorro del distrito del Hospital, recibió declaración al sargento herido, que se llama Juan Cabezas Pulido.

Este manifestó al juez que mandaba un grupo de guardias, a cuyas órdenes iba Hermógenes Domínguez García, perteneciente a la Sección móvil. Hallándose en los alrededores de la Facultad recibió aviso de que un comisario

de Policía que, perseguido por un grupo de manifestante, se había refugiado en la posada de San Blas, estaba a punto de ser víctima de las iras de aquéllos, pues pretendían asaltar la casa para lincharlo. Dió cuenta de lo que le manifestaban a un oficial del Cuerpo, quien ordenó que acudiría la Guardia civil de Caballería para proteger la casa de la posada de San Blas.

Asimismo dispuso el referido oficial que el sargento que declara se destacara con varios números para proteger en caso necesario a la caballería.

Cuando las fuerzas se dirigían al sitio donde se encontraba el grupo, compuesto, según el declarante, por estudiantes y obreros, salieron de aquí varios disparos, que causaron la muerte del guardia Hermógenes y la herida que él sufrió en la mano.

Los médicos reconocieron el cadáver del guardia y le apreciaron una herida por arma de fuego en el hipocondrio izquierdo, sin orificio de salida.

El proyectil le atravesó una cartera, la que contenía un billete de 25 pesetas, una fotografía y la cédula personal, expedida en Melilla el 22 de Septiembre de 1930.

Parece que este guardia era de los recientemente ingresados en el Cuerpo.

Desde la Casa de socorro, el cadáver del guardia fué trasladado al Deposito, y el sargento, que sufre una herida de bala, con orificio de entrada por la cara palmar y salida por la dorsal de la mano derecha, al Hospital Militar del Buen Suceso.

Declaraciones de otros heridos

Cuando el juez y sus auxiliares estaban actuando en la Casa de socorro entraron por ambas puertas de la calle del Fúcar y Costanilla de los Desamparados gran número de heridos y contusionados en la refriega de ayer mañana.

que le produjo una herida contusa en la región frontal. Parece que hay bastantes detenidos, los cuales, según la Comisaría, serán puestos a disposición del Juzgado en unión del atestado que se instruye contra ellos.

Una visita al Hospital Clínico

Los impactos de la fuerza pública

El rector de la Universidad Central, doctor Cabrera, se personó en la Facultad de Medicina a las cinco de la tarde.

Fuó recibido por el Sr. Negrin, secretario de la Facultad, en ausencia del decano, doctor Recaséns. Dichos señores, en unión de un grupo de ayudantes y alumnos internos del Hospital Clínico, se dedicaron a examinar las distintas dependencias del edificio para comprobar los efectos causados por los proyectiles de mauser de la fuerza pública.

El Sr. Cabrera pudo comprobar que los proyectiles han causado grandes daños materiales, a más de las sensibles desgracias personales.

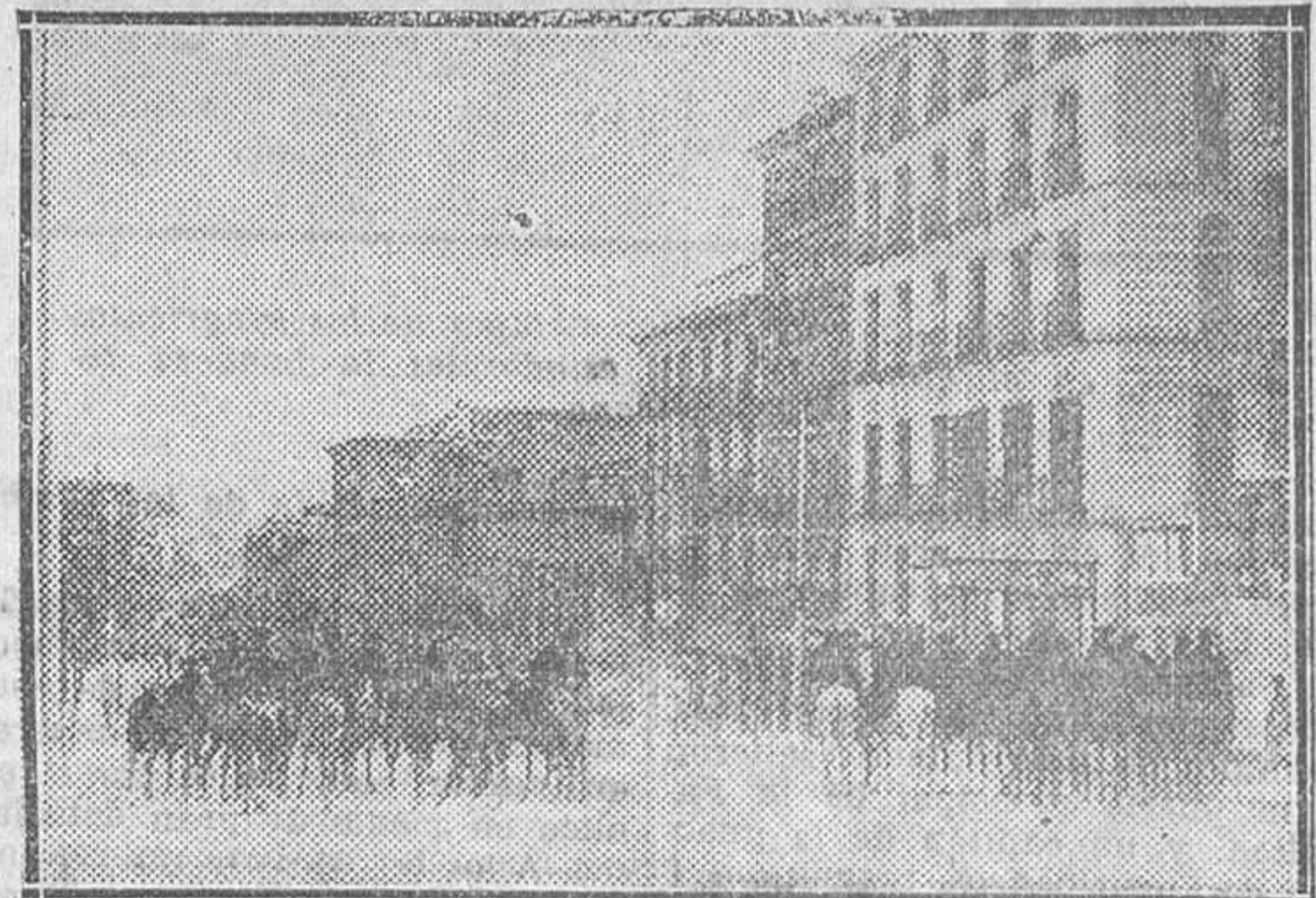
En la sala de mujeres del doctor Novea apareció un impacto a medio metro de una de las camas en las que se hallan las enfermas. Por fortuna, la cama inmediata adonde apareció el impacto se hallaba desocupada en el instante del disparo.

Tres impactos aparecen en la sala de infecciosos de niños, del doctor Suárez.

Por la situación de aquéllos se deduce que la fuerza hizo fuego desde los tejados de la casa de enfrente de la calle de Atocha.

Pasan de media docena los proyectiles que llegaron hasta el quirófano en el que el doctor Cardenal operaba cuando se desarrollaron los sucesos.

También en la consulta pública del Hospital Clínico, cuya sala da a la calle de Atocha, tres balas atravesaron unos bancos de



Guardia civil de caballería, en la calle de Atocha, prevenida para disparar sus pistolas contra los estudiantes

los destinados al público que acuden a las consultas.

En el quirófano del doctor Bastos, asimismo, fueron muchos los disparos que llegaron allí, y sus huellas se aprecian perfectamente.

Uno de los proyectiles atravesó tres paredes, lo que demuestra la fuerza de penetración de la bala.

Por cierto que cuando se produjeron los disparos, la señora del mencionado doctor Bastos, que se hallaba allí tuvo—así como otras personas que le acompañaban—que tirarse al suelo para librarse de los tiros.

El Sr. Cabrera fué informado de que uno de los disparos dió en una de las cañerías de gas, lo que produjo un escape que puso en peligro la vida de los que allí estaban.

El rector de la Universidad, acompañado del Sr. Negrin, estuvo después visitando a los heridos hospitalizados en San Carlos.

Todos los periodistas que por imperativo del deber presenciaron los sucesos desarrollados ayer mañana se vieron precisados a refugiarse, huyendo de las balas, en el Hospital Clínico, donde no sabían que iban a correr un peligro cierto.

Cumpliendo con su obligación se entrevistaron con los catedráticos y médicos de las clínicas para que les dieran las listas de los heridos.

Los doctores que recibieron a los periodistas eran los Sres. Negrin, Márquez, Sánchez Covisa, Tello, Azárraga Sanmartín, Duarte, Guerra, Luna, Sánchez y Sarasola. Estos mostraron a los periodistas los estragos del tiroteo en los quirófanos de sus respectivas clínicas, así como en la sala de niños.

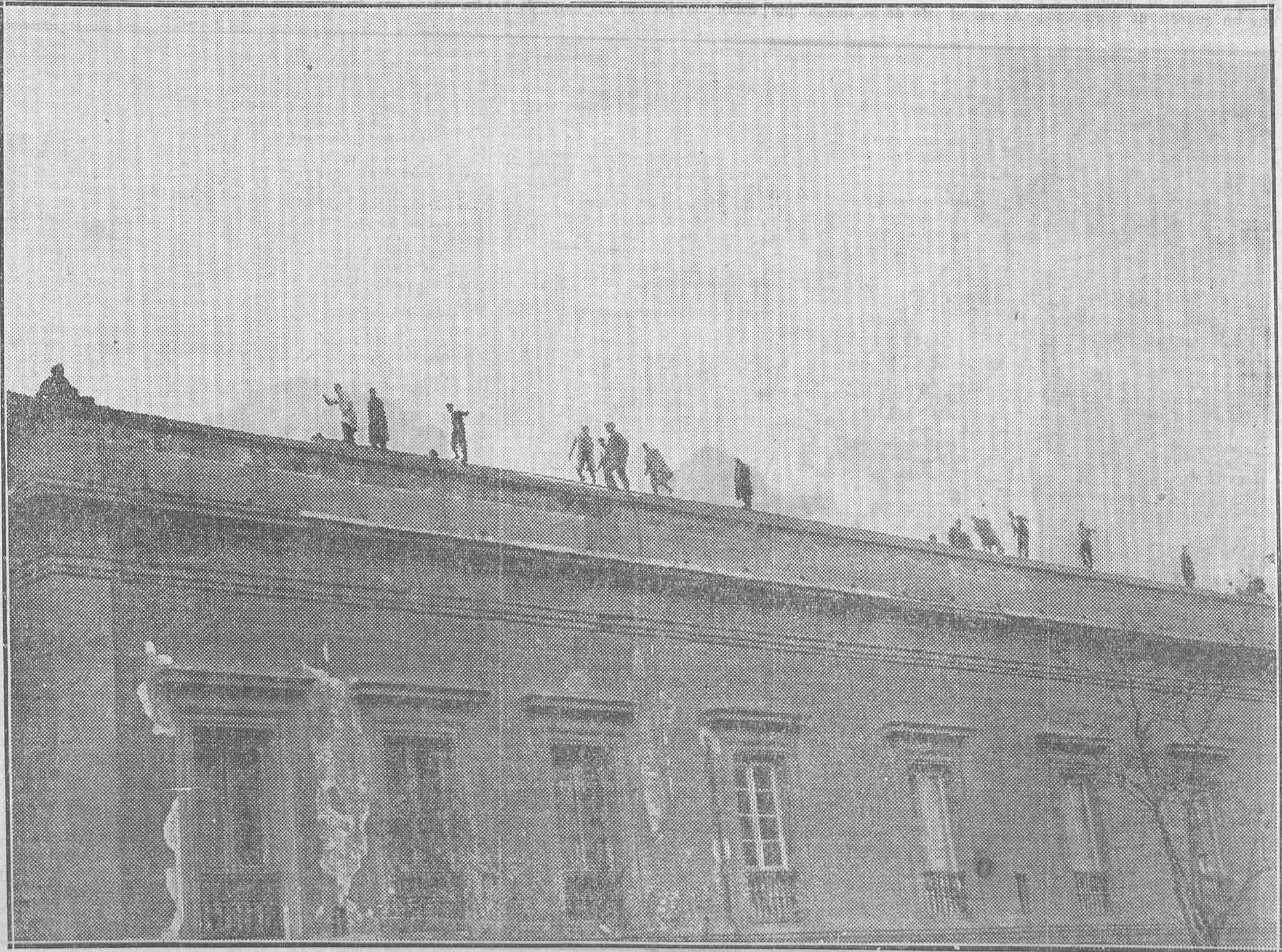
Los médicos hicieron observar a los reporteros, para que éstos lo hicieran público, que ellos garantizaban y respondían de que desde los lugares donde ejercen autoridad no se había realizado ni el más pequeño acto de protesta contra la fuerza pública que pudiera justificar la agresión de que habían sido objeto.

En otros Centros de enseñanza

Se suspenden las clases en la Universidad Central

Por disposición del secretario general de la Universidad no se permitió la entrada a nuestro primer Centro docente absolutamente a nadie, ni siquiera a los estudiantes que llevaban el «carnet» escolar.

Casi todos los estudiantes acudieron, y al ver que no se les da-



Los estudiantes tomando posiciones en el tejado del edificio de la Facultad de Medicina durante los sangrientos sucesos de ayer (Fotografías Alfonso)

UN EPISODIO HISTORICO

CÓMO SE DESARROLLÓ EL MOVIMIENTO REPUBLICANO DE JACA LA RUTA DE LOS SUBLEVADOS

El parador de Anzánigo

El obstáculo decisivo

Ya en el mes de Enero, rebajada lentamente la efervescencia inicial, volvimos a recorrer sin restricciones demasiado enojosas caminos por los que transitamos muchas veces en dirección al Pinar aragonés, arisco en la magnífica belleza de sus parajes...



El general Las Heras, gobernador militar de Huesca, herido (falleció poco después) en la escaramuza que sostuvo con los sublevados

Llegamos a las cuatro de la tarde de un domingo de puro invierno. Ya no calienta el sol. A poco que nos detengamos, ya avanzaremos hacia Jaca, entrada la noche.

che. Por fuerza, sin embargo, hay que detenerse en el parador de Anzánigo. Nos agasaja una amigo afectuoso, D. Sebastián Pardo, nos atiende con gentileza fina de «dueña» montañesa una encantadora orlatura que es hija de nuestro amigo, Rosarito Pardo; conforta refugiarse en la «cáñera», junto a los leños que dan un fuego alegre; pero eso no fuera, con ser mucho, bastante. Es que a dos kilómetros de Anzánigo, entre un riachuelo y una ermita abandonada, se refrenó la sublevación de Jaca...

¿Cómo no ceder a la tentación de cruzar el desfiladero, entre dos luces, a la hora misma en que salió al paso de los sublevados el general Lasheras? Porque el obstáculo que las circunstancias de lugar y de tiempo convirtieron en insuperable, aunque pudo parecer episódico, fué la presencia del gobernador militar de la plaza de Huesca y el combate duro, prolongado, que provocó.

La sublevación de Jaca no fracasó en la llanada del humilde santuario en que se venera la Virgen de Cillas. A Cillas llegaron los rebeldes ya vencidos.

Demasiado tiempo perdido

¡Hombre cabal este D. Sebastián Pardo, a quien todos respetan y quieren! A él, de la rebelión no le preocupa sino las desgracias que aparejé; la de los que perdieron la vida y la de los que perdieron la libertad.

Servicial, bondadoso, hospitalario, no preguntaría a buen seguro a un herido que llegase hasta su puerta por qué le hirieron. sencillamente haría que le curasen; como daría de comer, sin esperar pago alguno, al miserable recién llegado hasta su parador.

Tuvo noticias de la sublevación de Jaca en la estación de Sabiñánigo, adonde bien de mañana hubo de trasladarse para resolver unos asuntos. Pudo todavía regresar en una máquina de servicio. Ya en Anzánigo, al atardecer, observó cómo se detenía ante el parador un auto que ocupaban militares. Descendió el general Lasheras, comunicó telefónicamente con Huesca, en la imposibilidad ya de hablar con Jaca, y decidió, tras brevíssima consulta con quienes le acompañaban, continuar el viaje.

En Anzánigo no había en aquellos momentos sino una pareja de la Guardia civil. Uno de los números prestaba servicio de puerta y ambos no recibieron otra orden que la de permanecer en sus puestos.

Transcurridos diez minutos comenzaron a resonar disparos. Nutridos. Inquietantes. Don Sebastián Pardo, en constante cambio de impresiones con los dos guardias civiles, destacados en edificio inmediato al parador, comprendió fácilmente. Por el número de los disparos, por su repercusión, bien podía asegurarse que no partirían, como es frecuente en la montaña, de cazadores profesionales. Se escuchaba el silbido peculiar de las balas del mauser.



El ayudante del general Las Heras, Sr. Martínez Cajen, hecho prisionero por los sublevados, dirigiéndose a Huesca, luego de haber logrado evadirse (Fot. Martín Chivite.)

Los dos guardias civiles del puesto de Anzánigo salieron al encuentro de la columna. Formulismo estéril. Nadie se detuvo. El conductor de uno de los camiones que maniobraba más despacio se limitó a decir, con un gesto de inhibición:

—¡Ahí detrás vienen los jefes. Los jefes venían, en efecto, allí detrás. Buscaban porfiadamente al general Lasheras. En una casita de la carretera, donde vive la familia del practicante del pueblo, y en el propio parador de don Sebastián Pardo, penetraron, pistola en mano, pero correctamente. Desalentados, acabaron por desistir. Subieron a un automóvil y continuaron su viaje hacia Ayerbe.

Entonces Fermín Galán se reprochó con uno de sus compañeros: —¡Hemos perdido demasiado tiempo!

Un gesto a la española

Cuando se relata la marcha de los sublevados, nadie se explica que la columna rebelde tardase nueve horas en recorrer 60 kilómetros con camiones potentes y coches ligeros. Desde las tres de la tarde que partió de Jaca, hasta las doce de la noche que entró en Ayerbe.

Es que no se ha concedido la debida importancia al combate de Anzánigo.

El general Lasheras, más decidido que previsor, fió muy espantosamente en la corazonada.

do que previsor, fió muy espantosamente en la corazonada.

Acompañado de su ayudante, el teniente coronel de Estado Mayor Sr. Martínez Cajen, el capitán de la Guardia civil Sr. Minguez y el oficial del mismo Cuerpo Sr. Inguez, quiso desafiar con un gesto a los oficiales que habían asumido los poderes de la revolución. Creyó que bastaría invocar su personalidad.

No le bastó. La respuesta, inmediata, fué una descarga de fusilería de las tropas sublevadas. El coche ofrecía en la noche naciente un blanco seguro, y en el coche confluían los tiros. Era una criba al fin de la refriega, y era cadáver el capitán Minguez, que no tuvo tiempo de abandonarlo.

El general y la pequeña escolta de guardias civiles pudieron zafarse barranco abajo, vadear un riachuelo que se nutre de las aguas del Gállego y trepar hasta el refugio de la ermita abandonada de la Virgen de Izarbe. El guardia Palus moría de un balazo, el general Lasheras se sintió herido.

Los rebeldes, ya con la presa del teniente coronel Martínez Cajen, quien al caerse se lesionó levemente en una rodilla, persiguieron con ahínco al general. En vano. Y emprendieron de nuevo la marcha; mas ya la estrategia y el paso se habían modificado. Como

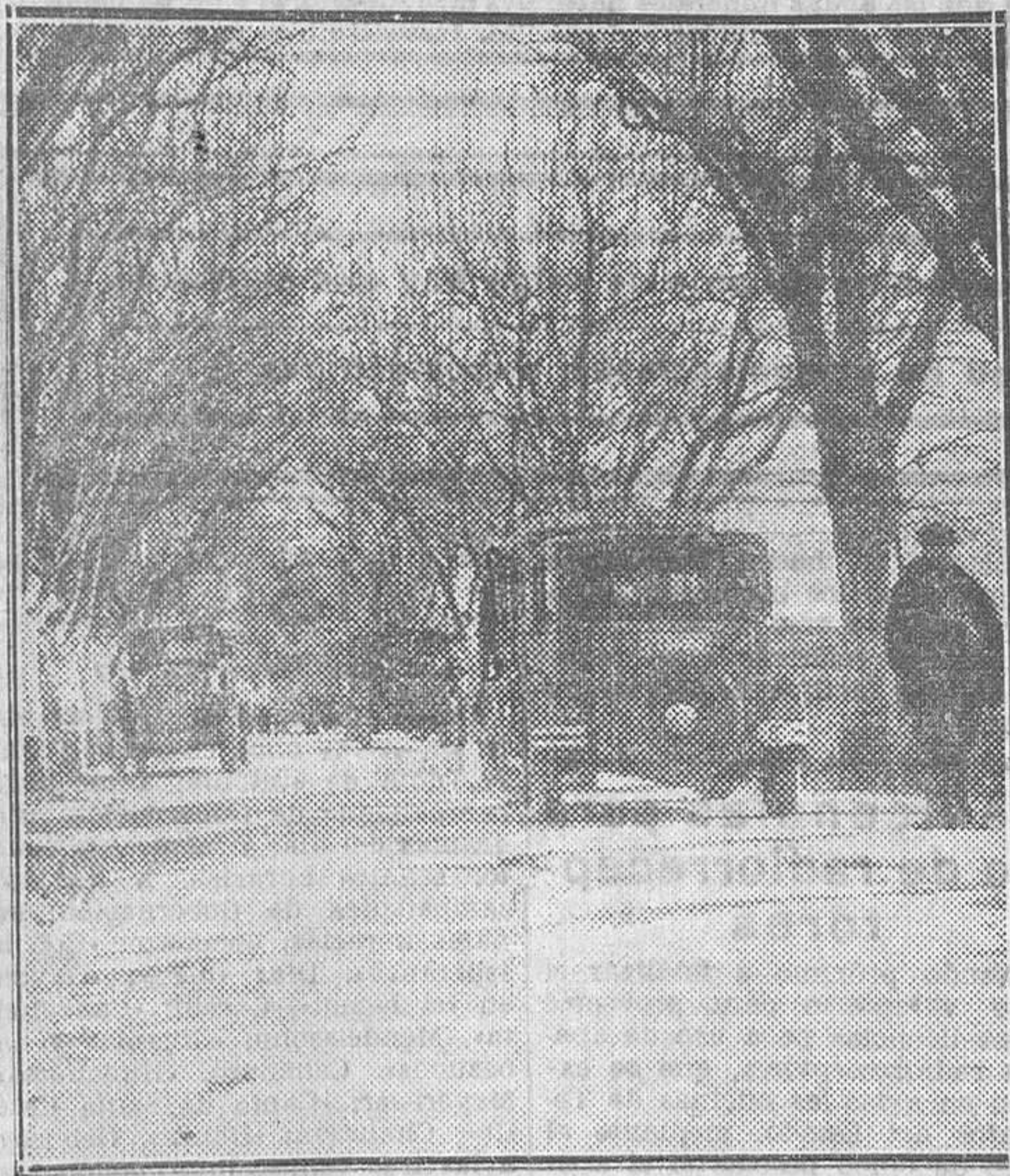
menzaron a extremarse las precauciones, y cada cien metros de avance requerían una minuciosa exploración.

Cuando se divulgó el episodio del general Lasheras, sorprendió. ¿Cómo, en vez de una reducida escolta de guardias civiles, no le protegió una compañía de soldados? Esa fué la pregunta de Galán. Y el temor, Galán creyó firmemente que detrás, inmediatamente detrás del «auto» del general, había tropa. ¿Leal al régimen constituido? ¿Adicta a la causa de la revolución? Era necesario apurar la cautela. Y la sublevación había quedado detenida y refrenada allí.

Ya en la madrugada el general Lasheras era curado y atendido en el parador de Anzánigo. No consintió reposar. Tuvo prisa en buscar albergue lejos de la carretera, en el pueblo, solamente separado del parador por el río. Sospechaba, lógicamente, que los rebeldes retrocedieran. En tanto, Fermín Galán avanzaba sobre Ayerbe. Lentamente, desconfiando y presintiendo a cada repliegue del camino.

Pero ya la estrella se había eclipsado. Era verdad que habían perdido demasiado tiempo.

MANUEL OASANOVA Aragón, 1931.



Los automóviles de la columna revolucionaria en marcha hacia Ayerbe (Fot. Martín Chivite.)



Ametralladora de los sublevados conducida en una de las camionetas que figuraban en la columna revolucionaria (Fot. Martín Chivite.)

LA FIESTA DE LOS TOROS

En Madrid

Renuncia, repetición, «début» y aburrimiento

Mucho esperábamos todos de la novillada celebrada ayer con el mismo programa anunciado para el día 19, que se suspendió por lluvia. Pero los aficionados todos sufrimos una gran decepción porque no vimos nada de lo que esperábamos ver.

¿De quién fué la culpa? De todos, porque todos en ello culpamos sus manos pecadoras. Fue culpa del ganado, de los lidiadores y del público.

Los santacolumas, gordos y cortos de pitones, acusaron casta y nervio. Fueron los clásicos santacolumas que tanto temen los ases taurinos; los toros que precisan diestros con mucho valor y mucho arte.

Los lidiadores—un artista, un valiente que conoce el toro y un desconocido para la afición madrileña—no se decidieron a luchar con la intensidad debida, quizá porque no se vieron asistidos de la debida y necesaria colaboración.

El público, tal vez esperanzado, conociendo la calidad y la cantidad de los espadas anunciados, acaso demasiado paciente, quizá influenciado por el tiempo, se mostró indiferente, plácido, complaciente, tolerante...

Si desde un principio, en vez de comenzar a aplaudir cosas triviales y fugaces, lanzes aislados que no lo son, hubiera decidido señalar su disgusto y mostrar exigente, como lo hizo con Carsero de Méjico, sobre todo al final, es muy probable que el resultado de la corrida hubiese sido otro muy distinto.

El renunciante Ricardo González, sobradamente acreditado como estilista, de quien entendimos y entendemos hizo muy mal en tomar la alternativa, porque nosotros perdimos la finura de su arte y él tiempo y dinero, pese a su deseo no alcanzó el triunfo deseado. Tuvo momentos felices, pero aislados. Saboreamos algunos lances y dos o tres medias verónicas; pero no estuvieron saturadas de esa esencia finísima y cara que tienen acreditados los lances de su marca. Dió muletazos inteligentes, que en cualquiera otro momento el público hubiese estimado en mayor grado que lo hizo ayer; pero que como en él estaba la responsabilidad del éxito artístico de la novillada, no estimaron su trabajo en la medida apropiada.

Ricardo no puso de manifiesto su arte, no completó un tercio de quites, ni logró la faena de muleta acabada; pero tampoco perdió el sitio ni llegó al ridículo.

Quizá si los del castoreño hubieran logrado agarrarse con los novillos y quitarles un poco del mucho nervio que sacaron, Ricardo hubiese podido completar una faena.

Es cierto que Ricardo no estuvo a la altura de un matador de toros; pero seguro estoy que el próximo domingo, o cuando el joven y fino torero madrileño se atempera y recobra el sitio que la falta de entrenamiento le ha quitado, volverá a ocupar su sitio y nos hará gustar de su arte.

¡Ah! Pero no olvida el diestro que ha de modificarse en la forma de ejecutar la suerte suprema.

Carnicerito de Méjico tampoco estuvo afortunado en su actuación, porque no respondió a su ejecutoria. Influenciado por el ambiente, respetuoso con el tribu-

nal que le juzgaba, sin elemento apropiado para su forma, tampoco logró cuajar una faena completa.

Quienes han seguido paso a paso los éxitos del mejicano en la temporada anterior y los consiguídos en las corridas que lleva torsadas este año, sin pararse a analizar el estilo, aunque Carnicerito toreó estirado en las piernas y mandó, ajustándose en muchas ocasiones, volcándose más bien sobre los costillares, al torrear con el capote, le chillaron pidiendo que compusiese la figura, estilo contrapuesto al de este novillero, y en ningún momento quisieron reconocerle el menor mérito.

Banderilleó en los tres toros que mató. Puso cuatro pares de frente excelentes, y uno por dentro, muy cerrado en tablas, que no resultó todo lo emocionante que debería porque el animal desparataba la vista, y el público no quiso darse por enterado. Quería estilismo a la moderna, sin tener en cuenta que el mejicano no es de esta escuela.

Carnicerito es valiente y conoce el toro, aunque ayer no tuviese suerte. Bien pudo ver el público en el último novillo que esto es cierto. Los lances con que paró a este novillo, la faena de muleta, fueron valientes en verdad. En unos y otros se aprató y dejó que desde la punta de los cuernos hasta los cuadriles el cornúpeto rozase su pecho. Luego, a la hora de matar, se entregó, y la concurrencia no tuvo otro remedio que entre-garse y aplaudir, aunque no en la medida apropiada, porque, ya aburrida, abandonaba la plaza.

Sin embargo, el público tendrá ocasión de ver cómo es Carnicerito de Méjico y lo verdadero de su arte.

Repito que en todo lo dicho no se trata de ocultar que la novillada de ayer fué aburrida, no respondió a la expectativa habida, y ni Ricardo González, ni Carnicerito de Méjico respondieron a la característica que los acreditó profesionalmente.

Cada uno de ellos dió muerte a tres novillos, porque el debutante, Niño del Matadero, quedó fuera de combate al lanzar su primer novillo, tercero de la tarde.

Los antecedentes del Niño del Matadero nos hicieron que le esperásemos con interés.

En los dos primeros novillos hizo sendos quites, que se aplaudieron. Al parar al suyo también merecieron aplausos sus lances, aunque para mí aquellos y éstos denotaban falta de mando.

De cualquier forma, el debutante queda todavía en incógnita para los aficionados madrileños, que hemos de agradecerle el detalle de respeto que significa el haber el paseo monterá en mano.

Al poner en suerte el tercer novillo fué alcanzado y lesionado. Esperemos verle de nuevo para juzgarle con elementos de juicio.

Pero conste que nos aburrirnos, que salimos defraudados.

RECORTE

Parte facultativo

«Durante la lidia del tercer novillo ingresó en la enfermería el espada Manuel del Pino (Niño del Matadero) con una herida por asta de toro situada en la cara interior, tercio superior, del brazo derecho, de 10 centímetros de extensión, subcutánea, que interesa la piel y aponeurosis. Pronóstico reservado.—Doctor Segovia.»

Muerte de Nozieres

Pau, 25.—Ayer ha fallecido el Sr. Fernand Nozieres, literato y periodista muy conocido.

Noticias de aeronáutica

Correo aéreo Europa-América del Sur

Santiago de Chile, 25.—Ayer martes llegó a esta ciudad el correo aéreo semanal Europa-América del Sur, que salió de Francia el día 15, pasó por España el mismo día, por los principales puertos del Brasil el 22, por Montevideo el 23 y por Buenos Aires el 24, efectuando el recorrido Europa-Chile en nueve días.

Déficit del presupuesto inglés

Londres, 25.—El «Morning Post» dice que a fines de la semana última la Tesorería acusaba un déficit presupuestario de 34.800.090 libras esterlinas. El déficit definitivo se calcula en 25 millones.

Erupción del volcán Merapi

Magelang (Java), 25.—El volcán Merapi ha entrado de nuevo en plena erupción.

Tres pequeñas poblaciones han tenido que ser evacuadas.

La corriente de lava avanza a una velocidad de 30 metros por día.

PREPARATIVOS ELECTORALES

En Santiago arman a los municipales

Santiago, 25.—El periódico «El Compostelano» publica una amplia información atacando al alcalde, que persiste en armar a la Guardia municipal con fines electorales, mientras las ropas y uniformes de los guardias están rotos, constituyendo una verdadera vergüenza.

Se censura mucho el propósito de que se aspire a proveer de sables para que los utilicen contra los elementos de izquierda.

Los fiscales de los Estados Unidos

Londres, 25.—Telegrafían de Washington al «Daily Mail» que los fiscales de los Estados Unidos han acordado fundar una Asociación nacional con el fin de cambiar informes útiles para la actuación en los Tribunales.

Los fiscales han adoptado esta decisión ante el incremento formidable de la acción de los «gangsters», cuyos jefes entretienen un ejército de 500.000 hombres, efectivo que aumenta cada año en una proporción de 25 por 100.

Se hace observar que durante el año último fueron asesinadas 9.000 personas y que solamente han sido sometidos a proceso, convictos de estos crímenes, 750 bandoleros.

Real Cinema

